EL OPERARIO POSEÍDO TRAS EL COMA

Jose Antonio Ruiz Ballesta




UCI
HABITACIONES
SALIDA

“Algunas puertas no necesitan abrirse.

Solo necesitan que alguien las escuche.”



PRÓLOGO

El Día que el Universo Parpadeó

Damian Lazar Virel siempre creyó que el dolor era parte del salario, operario de mantenimiento en la Planta Termodinámica Krona-7, su jornada consistía en arrastrar herramientas que pesaban más que su propia voluntad, trepar estructuras metálicas que vibraban con una energía invisible y trabajar entre conductos que expulsaban vapor a temperaturas imposibles, el cuerpo humano no está diseñado para eso, los primeros dolores fueron leves, tensión en los hombros, rigidez lumbar, contracturas que no desaparecían ni con descanso, luego vinieron las noches sin dormir, el dolor se volvió profundo, interno como si algo presionara desde dentro del músculo hacia el hueso, los analgésicos dejaron de funcionar, los antiinflamatorios eran caramelos inútiles. Los médicos pronunciaron términos técnicos con la serenidad de quien cree comprender el problema, micro desgarros crónicos, inflamación nerviosa persistente, posible degeneración muscular prematura, palabras largas que intentaban encerrar el sufrimiento dentro de un diagnóstico manejable, le ajustaron la medicación, relajantes musculares más potentes, opioides en dosis controladas, sesiones de fisioterapia programadas con precisión clínica, prometieron alivio, prometieron tiempo, prometieron control, pero el dolor no obedecía, no disminuía con la química, tampoco cedía con el descanso, ni si quiera se doblegaba ante las máquinas de rehabilitación. Había noches en las que Damian permanecía despierto, inmóvil en la oscuridad sintiendo cómo algo latía bajo su piel, no era un espasmo, tampoco era una contractura, era un pulso profundo, rítmico casi consciente que recorría su espalda como si alguien golpeara desde dentro del músculo intentando salir, a veces juraría que ese latido no coincidía con el suyo, era como si su sistema nervioso estuviera respondiendo a una frecuencia externa, como si el dolor no fuera una lesión sino una señal. A veces en la planta, mientras ajustaba válvulas de refrigeración cuántica, sentía un latido bajo la piel, pero no era su corazón, sino otra cosa como un pulso que vibraba en sincronía con el núcleo energético del complejo, se lo guardó para sí, hasta que su espalda colapsó, una madrugada al intentar levantar un módulo de contención cayó al suelo sin poder moverse, aunque no gritó solo respiraba con dificultad mientras el dolor se expandía como una red

ardiente, el diagnóstico fue claro, daño muscular severo, compresión nerviosa avanzada, había que operar, no era opcional. El Hospital Metropolitano de Krona-7 programó la cirugía para las 02:30 de la madrugada, procedimiento delicado, micro cirugía correctiva en la zona lumbar, todo estaba bajo control los monitores estables y la anestesia correcta, equipo experimentado, a las 03:13 ocurrió, no fue un apagón visible, las luces no se apagaron, las máquinas no emitieron alarma, pero durante exactamente 4,6 segundos algo dejó de fluir, una micro interrupción eléctrica tan sutil que los sistemas la registraron como fluctuación irrelevante, un parpadeo en la corriente, invisible al ojo humano, sin embargo, en ese lapso mínimo, el sistema de asistencia quirúrgica automatizada perdió calibración, durante aquellos 4,6 segundos en los que la corriente sufrió la micro fractura invisible, el sistema quirúrgico automatizado perdió su calibración exacta, fue una variación mínima, imperceptible para el ojo humano, letal para la precisión, el brazo robótico descendió apenas dos milímetros más de lo programado, dos milímetros fueron suficiente, en la pantalla la línea verde del monitor cardíaco vaciló un pico irregular, después otro, el cirujano principal frunció el ceño, el sonido rítmico del electrocardiograma se volvió errático, como si olvidara el compás y entonces llegó el silencio, una línea horizontal perfectamente recta, el corazón de Damian dejó de latir durante nueve segundos que, para el equipo médico, fueron una emergencia crítica, descargas eléctricas sacudieron su torso inerte, compresiones firmes sobre el esternón, ordenes rápidas, voces tensas, adrenalina inyectada en vena, el protocolo funcionó, el monitor volvió a dibujar ondas, el pulso regresó pero algo más regresó con él. Damian no despertó, no hubo respuesta motora, tampoco hubo reflejo pupilar inmediato, ni hubo recuperación cognitiva, coma profundo, la actividad cerebral mostraba patrones irregulares, pero persistentes, no había necrosis evidente, tampoco había daño estructural irreversible, los médicos hablaron de hipoxia temporal, de inflamación quirúrgica, de tiempo.

—Hay que esperar, — dijeron los médicos, —podría despertar en días.

No sabían que durante aquellos nueve segundos su conciencia no había estado ausente, tampoco había estado apagada sino había estado abierta. El accidente en Krona-7 no fue el comienzo, fue el primer contacto, la cirugía no fue un error médico, fue la puerta y a las 03:13 cuando la electricidad del hospital sufrió aquella micro fractura imperceptible, el universo hizo lo mismo, parpadeó, las anomalías comenzaron noches después, exactamente a la misma hora, 03:13. Los

monitores de la habitación 417 empezaron a comportarse de manera errática, el electrocardiograma dejó de representar latidos humanos reconocibles, en lugar de ondas orgánicas trazaba secuencias matemáticas repetidas, patrones fractales que se repetían con precisión no biológica, el sistema intentaba interpretarlos como arritmias, no lo eran, la enfermera de turno Alba Narell se acercó a revisar los cables convencida de que era un fallo técnico, tomó la mano de Damian y noto que estaba tibia, pero no cálida, tibia como si una combustión lenta ardiera bajo la piel, sintió una vibración, no era temblor muscular, era frecuencia, los párpados se abrieron, pero no lentamente sino de golpe, los ojos de Damian ya no eran ojos. La esclerótica comenzó a oscurecerse desde dentro como tinta derramándose en agua transparente, las pupilas se expandieron hasta devorar cualquier rastro de iris cualquier vestigio humano, su boca se abrió, cuando sus labios se movió el sonido que emergió no pertenecía a una garganta, eran múltiples frecuencias superpuestas graves que hacían vibrar las costillas tan agudos que parecían perforar el espacio, el aire en la habitación se comprimió y en la ciudad a kilómetros de distancia los transformadores eléctricos comenzaron a explotar uno tras otro, no fue una sobrecarga convencional, fue sincronía, los relojes digitales se congelaron al mismo tiempo manteniendo la hora 03:13, el tiempo quedó suspendido en una sola cifra, el mundo no se dio cuenta de que acababa de cruzar un umbral, pero el epicentro ya estaba despierto y respiraba. Dentro de su mente no había oscuridad, había arquitectura, estructuras cicló-peas formadas por carne endurecida y metal orgánico, torres que latían, cielos membranosos que respiraban, un horizonte vivo y en el centro un umbral, un arco colosal compuesto por vértebras ensambladas en espiral, allí aguardaba Azhraël-Koth no era una criatura con forma fija, era algo peor una convergencia imposible, su cuerpo parecía construido a partir de restos que no encajaban como si múltiples rostros intentaran existir en el mismo espacio al mismo tiempo superpuestos, deslizándose unos sobre otros sin llegar nunca a definirse del todo, a veces se intuían ojos, otras bocas abiertas en gestos que no terminaban de formarse, pero todo se deformaba antes de que la mente pudiera comprenderlo, no ocupaba el espacio como lo hacen los cuerpos, era un vacío con contornos, una ausencia que aun así tenía presencia como si algo estuviera ahí pero lo que estuviera no perteneciera a ninguna lógica conocida, a su alrededor fragmentos de anatomías incompletas flotaban en una gravedad invertida, girando lentamente como si el mundo hubiera olvidado cómo sostenerlas, brazos que no terminaban en manos, torso

sin origen, formas que parecían humanas hasta que dejaban de serlo y entonces habló pero no como hablan las cosas vivas, tampoco hubo sonido, ni vibración en el aire, su voz no atravesó el espacio, atravesó a quien la percibía, se incrustó dentro, como una idea que no nace en tu mente, sino que aparece ya formada y consciente, pero demasiado tarde para ignorarla.

—No hubo elección —se incrustó la voz. —La grieta en ti te encontró y te abrió desde dentro Damian Lazar Virel.

Las palabras se tallaron en su conciencia.

—El dolor te dejó abierto por dentro —susurró la voz en su mente. —Cuando el mundo se rompió tú ya no tenías barreras, no te quebraste sino te quedaste.

Comprendió entonces que sus dolores nunca habían sido una simple lesión, eran otra cosa algo que su cuerpo intentaba procesar sin lograr entenderlo del todo, su cuerpo no estaba fallando estaba reaccionando, Krona-7 no solo generaba energía; estaba atravesando algo más profundo, algo que no pertenecía a este mundo y en aquel fallo eléctrico repentino en el hospital cuando todo se detuvo durante unos segundos, algo al otro lado respondió, no fue casualidad, fue un contacto real y él sin saberlo se convirtió en el punto donde ese contacto logró mantenerse, el lugar donde ambas realidades quedaron unidas. En la habitación 417 su mandíbula comenzó a abrirse más de lo posible, forzada más allá de cualquier límite humano como si algo desde dentro la empujara sin medida, la piel de su rostro se tensó primero y luego se resquebrajó en finas grietas como porcelana sometida a demasiada presión, dentro de su boca no había garganta, había algo más, una profundidad oscura que no terminaba donde debería como si su interior no fuera un cuerpo sino un espacio, de esa oscuridad empezaron a salir formas, no eran humo ni sombras vacías; tenían peso, densidad como si estuvieran hechas de algo que no pertenecía a este mundo, al extenderse tocaron el aire y el aire cambió, se volvió denso, corrupto como si empezara a descomponerse a su alrededor. Alba no tuvo tiempo de reaccionar, su piel comenzó a desprenderse en capas húmedas deslizándose lentamente, revelando debajo un músculo aún vivo, tembloroso, incapaz de sostenerse, durante un instante su cuerpo pareció intentar resistir y luego cedió, todo colapsó, lo que quedó ya no tenía forma humana, solo una masa informe, irreconocible como si algo hubiera deshecho su estructura desde dentro. Damian se incorporó lentamente en la cama, a su

alrededor las máquinas dejaron de emitir sonido una a una como si hubieran sido desconectadas sin que nadie las tocara, el hospital entero quedó en un silencio extraño, demasiado limpio para ser un simple fallo eléctrico, ya que no fue un apagón fue otra cosa, sino que fue como si algo hubiera reconocido su presencia. A las 03:14 el tiempo volvió a moverse, los monitores recuperaron su pulso, las luces parpadearon y el mundo continuó como si nada hubiera pasado, pero no era verdad, algo ya había cambiado, el Umbral se había abierto y el punto donde ocurrió tenía un nombre, Damian Lazar Virel, un hombre común hasta ese instante, ahora era otra cosa, el eje donde todo empezaba a girar, dentro de él, algo respiraba, no como un órgano, ni como vida humana sino con una calma antigua, paciente como si hubiera esperado durante siglos ese momento exacto para despertar. La ciudad seguía dormida, ajena de lo que acababa de suceder bajo su superficie, nadie sabía que su pulso, su ritmo, su normalidad acababan de quedar ligados a una presencia imposible, el aire mismo parecía distinto, más pesado, cargado de una electricidad sorda como si la realidad hubiera sido tensada desde dentro y en algún lugar más allá de la carne, más allá de los cables, más allá incluso de lo que el pensamiento humano podía alcanzar algo observaba, pero no con prisa, tampoco con duda, sino con la certeza tranquila de quien ha esperado demasiado tiempo, la puerta ya no estaba cerrada, había sido cruzada desde ambos lados y lo peor no fue que algo hubiera entrado, fue que en algún momento que nadie recordaba, algo ya había empezado a quedarse.



HAS CRUZADO EL PRIMER UMBRAL

EL OPERARIO POSEÍDO TRAS EL COMA

La historia no termina aquí.

DISPONIBLE EN AMAZON

Buscar el libro en Amazon.es

Jose Antonio Ruiz Ballesta